

# Un poema de Chesterton en honor de san Francisco Javier

Antonio Blanch

*En este año del quinto centenario del nacimiento de Francisco Javier, nos place poder presentar un curioso y desconocido poema, que Gilbert K. Chesterton (1874-1936) le dedicó a este Santo<sup>1</sup>.*

<sup>1</sup> Esta presentación es también el cumplimiento de una promesa hecha al P. José M<sup>a</sup> Recondo S.J., conservador y director del castillo de Javier (Navarra) y gran conocedor de la vida del santo. Él fue efectivamente quien, antes de morir (en agosto 2003), nos confió una fotocopia del manuscrito de este poema, rogándonos que lo tradujéramos y publicáramos como una «primicia».

## Un poema curioso

Y decimos que el poema resulta curioso, por varias razones. En primer lugar, por tratarse de uno de sus primeros escritos de juventud, cuando Gilbert, en 1892, a sus 18 años, estaba todavía terminando la segunda enseñanza, en la famosa Saint Paul's School de Londres. Este poema es también curioso por estar dedicado a un santo católico, por un joven anglicano, alumno de una escuela adscrita a la catedral de Londres, centro escolar entonces de los más notables de Inglaterra, donde se habían ido educando los hijos de los más ilustres anglicanos del país<sup>2</sup>. Además y pese a todo esto, el

<sup>2</sup> Cabría preguntarse dónde y cómo uno de sus alumnos pudo informarse sobre san Francisco Javier. Y la hipótesis más verosí-

poema ganó el primer premio en el concurso literario en honor de Milton, que organizaba el colegio anualmente. Y aunque esta composición escolar no es ni podía ser una obra literariamente de alta calidad, es muy probable que los miembros del jurado, todos ellos anglicanos, se vieran gratamente sorprendidos no sólo por la forma poética sino también por la audacia del tema elegido, para conceder excepcionalmente el premio a un candidato de la penúltima clase, siendo así que la costumbre era premiar siempre a un alumno del curso terminal. Lo cual no dejó de provocar algunas protestas por parte de los alumnos mayores.

Bien es verdad que la madre de Gilbert ya se había convertido al catolicismo hacía unos pocos años, aunque, según ella misma cuenta, su hijo parecía muy poco religioso, y así se lo confirmó el Pastor que dirigía la escuela. Más todavía, el propio Chesterton, años más tarde, en su famosa obra *Ortodoxia* (1908), al hablar de su primera época de estudiante, llegará a confesar que él «había sido un pagano a los doce años y un agnóstico a los dieci-

---

mil es que pudiera encontrar en la biblioteca la interesante biografía del P. Bouhours, *Vie de Saint François Xavier, apôtre des Indes et du Japon* (París 1683), traducida al inglés por el gran poeta Dryden en 1688.

séis...». Naturalmente, como suele ocurrir con este escritor, la frase es sin duda exagerada, ya que a esas edades lo normal es carecer de convicciones propias muy arraigadas.

Sin embargo, lo que parece estar diciendo el autor es que él por entonces no había hecho ninguna opción religiosa de manera libre y responsable y que –como él mismo seguirá confesando– más bien vivía en la duda o en la confusión, aunque no dejaba de estar intelectualmente inquieto, atraído poco después, ya a los 18 años, por movimientos innovadores, como el socialismo «fabiano» o el republicanismo, que se ofrecían a los jóvenes ingleses, a finales del siglo XIX, como válvulas de escape para liberarse del peso de un régimen establecido, jerarquizado en exceso y moralmente muy riguroso.

En todo caso, no deja de ser curioso que este joven inquieto y soñador, viviendo en tales circunstancias, se comenzara a interesar por temas «católicos», a los que nos consta que dedicó varias de sus primeras poesías, como «Adveniat Regnum tuum» en 1892, «San Francisco de Asís» y «Ave María» en 1893, además de la consagrada a «San Francisco Javier», también de 1892, que ahora estamos presentando.

Y es muy probable que a este muchacho idealista y liberal, en un ambiente religiosamente cerrado donde se ignoraba a la Iglesia católica y aun se la malinterpretaba, le llamaran la atención las figuras heroicas de algunos grandes santos católicos y de un modo especial la de Javier, valiente representante de la contrarreforma católica (un «papista», como le llamaban los anglicanos) misionero además de las Indias, territorios que ahora todavía formaban parte del Imperio británico y sobre los cuales los Chesterton, como todas las familias cultas de Inglaterra, recibían abundante información sobre la situación, no siempre halagüeña, de aquellos países, abigarrados de etnias y religiones extrañas. Probablemente Gilbert, además de encomiar las aventuras de Javier, no sólo expresaba su admiración por un santo «heterodoxo», sino que también manifestaba sus propias ansias de libertad y su entusiasmo juvenil hacia quienes realizan gestas heroicas en ambientes exóticos y lejanos.

### Un poema desconocido

El manuscrito de este poema no parece que haya sido conservado con mucho celo en los archivos de la Saint Paul's School, pues, según reciente afirmación del *Chaplain* de la

escuela<sup>3</sup>, ya no disponen allí de este texto, que fue posiblemente vendido a Miss Dorothy Collins, antigua secretaria de Chesterton, y gran coleccionista y protectora, que fue hasta su muerte, de numerosos manuscritos y documentos de este autor. El poema, pues, ha permanecido inédito por más de sesenta años

---

*escrito cuando el autor  
contaba 18 años y era alumno  
de una escuela adscrita  
a la catedral de Londres,  
este poema obtuvo el primer  
premio en un concurso  
literario en honor de Milton*

---

y es hoy todavía prácticamente ignorado, aunque citado en las dos bibliografías de John Sullivant<sup>4</sup>, y finalmente impreso en el volumen X (a) de los *Collected Works* de G. K. Chesterton, publicados por la Ignatius Press de Londres<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> En carta que poseemos, fechada el 11 febrero, 1991.

<sup>4</sup> G.K.C. *A Bibliography* (Londres 1958) y *Chesterton continued. A Bibliographical Supplement* (Londres 1968) donde aparece sólo una página fotografiada de las dos que tiene el manuscrito.

<sup>5</sup> Véanse las páginas 165-166. No apareció, sin embargo, ninguna mención a este poema en la traducción española de las obras de Chesterton (*Obras completas*, en cuatro volúmenes, Editorial Janés, Barcelona 1952-1956).

Curiosamente, tampoco el propio Chesterton manifestó nunca ningún interés por este poema de juventud, como él mismo confesó en las memorias escritas poco antes de morir<sup>6</sup>: «... Me dieron un premio: Era el llamado "Milton Prize", para lo que se llama un poema de [con]curso; supongo que era tan malo como todos los demás poemas para concursos, pero me alegra poder decir que no

---

*la madre del autor se había  
convertido al catolicismo  
pocos años antes, aunque  
él mismo parecía por entonces  
muy poco religioso*

---

recuerdo ni una sola sílaba. Mas sí, recuerdo el tema, era san Francisco Javier, el gran jesuita que predicó a los chinos [sic]... En todo caso, fueron las autoridades [de la escuela] que me arrancaron, bien a pesar mío, fuera de la atmósfera confortable y protectora de la oscuridad y del fracaso. Personalmente, me sentía perfectamente feliz siendo el último de la clase».

Los biógrafos de Chesterton suelen estar de acuerdo en que no fue un

---

<sup>6</sup> En su *Autobography*, publicada en 1936 y traducida al castellano (por A. de Marichalar) en 1939, en cuya página 72 aparece la cita que damos en el texto.

alumno brillante ni demasiado aplicado. Vivía bastante al margen de las tareas escolares y se entregaba con frecuencia en clase a soñar en caballeros andantes o a preparar los debates polémicos, para el club que él mismo había fundado en la escuela, sobre temas de actualidad, leídos en los periódicos. También dedicaba una buena parte de su tiempo de estudio a la composición de poemas, como el que ahora va a ocuparnos más en detalle.

Ya hemos dicho que el poema es prácticamente desconocido para los ingleses y no parece que se haya publicado de él ninguna traducción al castellano. Por esto ahora nosotros, modestamente, ofrecemos esta primera versión como primicia. Nunca una traducción poética resulta del todo fiel al texto original y tampoco es fácil reproducir con exactitud su tono lírico. Nuestra versión adolecerá sin duda de ambas carencias, sólo justificables quizás por tratarse de un poema, estilísticamente inmaduro, algo confuso y verbalmente excesivo.

Ciertamente Chesterton, andando el tiempo, llegó a ser un muy apreciable poeta y resulta muy abundante y variada la obra poética que nos ha dejado. Aunque, quizás no sea como poeta como se recordará a este escritor, sino como autor extraordinario de ensayos intelectua-

les muy perspicaces, biografías admirables, y una muy copiosa y brillante serie de artículos periódicos, sin olvidar su tan popular obra de ficción, ni sus famosas novelas policíacas, llenas de ingenio y de buen humor, en las que supo ejercitar su inconfundible espíritu crítico e irónico sobre la sociedad inglesa contemporánea.

### Análisis del poema

Lo primero que llama la atención en el poema «San Francisco Javier, apóstol de las Indias» es el tono épico en que fue concebido, muy en la línea de lo que será una buena parte de la posterior producción poética de este autor (recuérdese sólo el gran poema épico «Lepanto» de 1911). Influenciado, sin duda, por los dos máximos poetas clásicos ingleses, Spenser y Milton, recién estudiados por el joven Gilbert en la escuela, se entregaría a componer su elogio al misionero católico, en estrofas de nueve versos dodecasílabos y de cinco acentos («pentámetros iámbicos») añadiendo dos sílabas al último verso de cada estrofa, como había hecho Spenser en su *Fairy Queen*.

Las seis estrofas de que consta la composición de Chesterton, están organizadas en dos partes, simétricas y contrapuestas. En la primera (que cubre las tres primeras estrofas) el autor evoca, en tono elegíaco,

los sucesivos fracasos que el Santo fue experimentado en Oriente. En las estrofas I y II, el misionero Javier va dejando tras de sí sólo silencio y oscuridad, como «una llama vacilante que se extingue». Pero, habiéndose entregado heroicamente a la misión que la Iglesia le había confiado, ésta luego acabará coronándolo como Santo (estrofa III).

En la segunda parte (estrofas IV-VI), por contraste, el canto épico cambia de clave y de perspectiva. Se recurre ahora a la providencia divina, desde cuya altura podemos entender mejor el hondo sentido de la historia humana, así como la misteriosa intervención del Espíritu que contrarresta la fatalidad de las fuerzas históricas. Así, la estrofa IV, comienza descalificando el rostro oscuro de Cronos, dios de la fatalidad, por la fuerza salvadora del Dios de la luz. Sólo Él penetra en la entraña de los acontecimientos humanos (estrofa V) y recupera, contra el Olvido mortal, el manantial oculto del que brotan las aguas del Espíritu. Por ello, el poeta termina reconociendo (en la estrofa VI) que, más allá de los fracasos de muchos héroes cristianos, el Amor redime las esperanzas maltrechas y por ello podemos acabar exclamando que «¡No todo ha ocurrido en vano!»

Leamos ya el texto traducido del poema.

San Francisco Javier,  
Apóstol de las Indias

I

*Fue levantando el polvo, pisado por multitudes  
de muchos millones de seres merodeando en la playa;  
y sobre una cruz perdida descansa su cabeza,  
allí donde el mar oscuro blanquea la tierra solitaria.  
Fue desgranando su obra, proyectada desde toda su vida,  
como una débil llama que vacila y se extingue,  
pues entre mitos tan pérfidos no pudo resistir;  
y se apagó la lumbre en el templo y la escuela,  
mientras el ocaso se hunde y lo recubre todo.*

II

*Dejó también su nombre, tenue voz en el Este,  
que se ahogó en silencio, entre viejas creencias,  
contra las que luchó en vano ese bravo sacerdote  
por una fe, contraria a la que el pueblo pedía,  
y se quedó, solitario sólo con el bastón y el rosario.  
Así, entre fieros salvajes, que la ignorancia amansa,  
vivió y sembró semillas de una iglesia en Oriente,  
brillando como maestro y como apóstol del pueblo,  
y así murió, y muriendo dejó buena fama y buen nombre.*

III

*Murió, y la Iglesia que lo había enviado,  
—¡oh tú, seductora sutil, de místicas llamadas!—  
ciñe ahora su frente con brillante aureola,  
con señales sagradas y famosos recuerdos  
de los milagros, que ha añadido a su nombre.  
Pese a que Roma diga: No sabemos qué pensar  
ante la ofuscación de la India y sus ritos extraños,  
cuando allá todo muestra el fracaso del maestro,  
su iglesia oriental un sueño, y su esfuerzo vanidad.*

IV

*Y añadimos: Como la faz sombría del Tiempo  
abre por fin su terrible boca y sentencia  
que la fatalidad nace del turbio pasado  
y decide también de los tiempos por venir,  
él no fue hijo de teorías ni promotor del progreso  
sino más bien un héroe en muy duras batallas,  
intentando sofocar una luz que no pudo aguantar.  
Y Dios, que conoce todo lo que ha hecho y dispuesto,  
juzga su alma nítida, palpitando entre las estrellas.*

V

*Sólo Dios, de aquellos que fracasan en su empeño  
ve el triunfo que surge de una aparente derrota;  
sólo Él sabe cómo siguen los ecos de su Palabra  
vivos en tantos falsos credos derrotados;  
sólo Él concede al labrador su premio  
por la larga influencia de su siembra generosa,  
que ampliamente rebrota en obras y en palabras,  
mientras el negro olvido ha ocultado su origen.  
Y así vive y perdura en el alma de los muertos.*

VI

*Así declaramos: que todo lo que perdura,  
como la vida de este héroe, junto a otros mil más,  
es bien acogido en el regazo sempiterno.  
Y el Amor salva el triste pasado de su vida  
al sanar esperanzas maltrechas y penosos fracasos.  
Y pues él mantuvo firme, en el dolor y la muerte,  
lo que había prometido defender y adorar  
y entregó audazmente su vida a la suerte  
de la eterna fortuna: ¡Nada habrá sido en vano!*

Añadimos a continuación el original inglés del poema de Chesterton.

*St. Francis Xavier,  
the Apostle of the Indians*

*He left his dust, by all the myriad tread,  
Of yon dense millions trampled to the strand,  
Or'neath some cross forgotten lays his head,  
Where dark seas whiten on a lonely land.  
He left his work; what all his life had planned,  
A waning flame to flicker and to fall,  
Mid the huge myths his toil could scarce withstand.  
And the light died in temple and in hall,  
And the old twilight sank and settled over all.*

*He left his name, a murmur in the East,  
That dies to silence amid older creeds,  
With which he strove in vain: the fiery priest  
Of faiths less fitted to their ruder needs;  
As some lone pilgrim, with his staff and beads,  
Mid forest-brutes whom ignorance makes tame,  
He dwelt, and sowed an Eastern Church's seeds,  
He reigned a teacher and a priest of fame:  
He died and dying left a murmur and a name.*

*He died: and she, the Church that bade him go,  
You dim Enchantress with her mystic claim,  
Has ringed his forehead with her aureole-glow,  
And monkish myths, and all the whispered fame  
Of miracles; has clung about his name:  
So Rome has said: but, what answer we  
Who in grim Indian and rites of shame  
O'er all the East the teachers failure see,  
His Eastern Church a dream, his toil a vanity,*

*This then we say: as Time's dark face at last  
Moveth its lips of thunder to decree  
The doom that grew through all the murmuring past  
To be the canon of times to be:  
No child of truth or priest of progress he,  
Yet not less a hero of his wars*

*Striving to quench the light he could not see  
And God, who knoweth all that makes and mars,  
Judges his soul unseen which throbs among the stars.*

*God only knows, man failing in his choice.  
How far apparent failure may succeed,  
God only knows what echo of His voice  
Lives in the cant of many a fallen creed,  
God only gives the labourer his meed  
For all the lingering influence widely spread,  
Broad branching into many a word and deed  
When dim oblivion veils the fountain-head;  
So lives and lingers on the spirit of the dead.*

*This then we say: let all things further rest  
And this brave life, with many thousands more,  
Be gathered up in the eternal breast  
In that dim past his life is bending o'er:  
Healing all shattered hopes and failure sore:  
Since he had bravely looked on death and pain  
For what he chose to worship and adore,  
Cast boldly down his life for loss or gain  
In the eternal lottery: not to be in vain.*

Como se ha podido ver, se trata de un canto épico de alabanza a un héroe religioso, «el apóstol de las Indias», al que hemos visto esforzándose, casi en solitario y en tierras extrañas, entre muchedumbres adversas que acaban por debilitar su extraordinario vigor. Y la Iglesia, que lo había enviado a extender la fe cristiana, acabará reconociendo su santidad; si bien ahora, al ver el paganismo y la idolatría reinantes en Oriente, tal vez piense que su misión haya podido fracasar.



Pero, esta misma fe –la del Santo, la de la Iglesia, la del poeta y la del lector– tiene poder para convertir la tristeza en gozo, al corregir una visión simplemente humana sobre los fracasos aparentes de tantos misioneros, con la mirada trascendente de quien se atreve a contemplar la historia desde los ojos del Dios todopoderoso y amante. El cual recompensa siempre, por la acción vital de su Espíritu, los arduos trabajos y los sufrimientos de muerte de sus valientes misioneros.

Ciertamente, el joven poeta Gilbert K. Chesterton, al expresar con tanto énfasis esta creencia tan esperanzada, desde un ambiente timorato de anglicanismo puro, acaso un poco calvinista, estaba por una parte dando curso a sus sentimientos ya entonces algo disidentes frente a la religión oficial británica, mientras también mostraba –sin ser él del todo consciente– un talante que podríamos calificar de pre-católico, en cuanto que no entendía y pretendía superar las ideas más bien pesimistas de la predeterminación, reconociendo además en sí sentimientos más esperanzados y alegres, aun en la debilidad y el fracaso. Sentimientos de gozo confiado por encima de la tristeza del temor de Dios, que caracterizarán toda la obra chester-toniana.

En efecto, aun antes de su conversión al catolicismo, abundará Chesterton en esos sentimientos de gozo, y en una gran fe, reconocida y amante, en la vida, la naturaleza y el cuerpo, como dones del Creador. Su carácter, impetuoso y vitalista, le llevará además a admirar el espíritu del barroco, tan característico de la contrarreforma católica, intensamente expresivo de la victoria de la Gracia sobre el pecado.

---

*este poema es prácticamente  
desconocido para los ingleses  
y no parece que se haya  
publicado de él ninguna  
traducción al castellano*

---

Y no deja de ser curioso que, habiéndolo presentido ya muy joven en la figura de san Francisco Javier, miembro fundacional de la Compañía de Jesús y por ello militante de la Contrarreforma, acabe Chesterton al final de sus días escribiendo otro interesante poema «To the Jesuits»<sup>7</sup> sobre el mismo tema. Parece

<sup>7</sup> El autor en persona entregó el poema en 1936 al P. Corbishley, s.j., director del Campion Hall de Oxford, y allí se conserva todavía el manuscrito. Es una composición de ocho cuartetos, también en versos dodecasílabos, que ha sido publicado en inglés en varias colecciones de las poesías de G. K. C.

que este poema fue escrito en España, en 1935, en la última de sus dos visitas, que duró varias semanas, aunque el manuscrito lleva la fecha de 1936.

En esta composición poética –una de las últimas de su vida– vuelve el autor, 45 años después del olvidado poema a Francisco Javier, a ensalzar la obra de los miembros de la Compañía de Jesús, apóstoles en Europa

y en el mundo entero a lo largo de cuatro siglos, siempre mal interpretados –opina él– y en permanente oposición desde fuera y desde dentro. Véase sólo un fragmento, traducido ahora por nosotros, para subrayar el contraste paradójico, ya presente en su primerizo poema escolar, abarcando ahora, también en clave épica, el conjunto impresionante de la obra histórica de la Compañía.

... Cuando el Cristo de Calvino hecho Anticristo, capturó

*hasta a los 'elegidos' y el corazón humano se endureció,  
fuisteis tenidos por inmorales, porque perdonabais,  
por instrumentos del error, cuando decíais la verdad.  
Lo maltrecho del mundo pudo ser curado por vuestra caridad,  
pero no había caridad en el mundo para vosotros...»*

Y al preguntarse luego el poeta, para terminar, «cómo podéis todavía seguir esperando la libertad y la renova-

ción», ante un mundo que parece abocado a la perdición, concluye con esta confesión de fe rotunda:

*Alguien dijo: No temáis, yo he vencido al mundo»*  
(«[One...] said, 'Fear not; I have overthrown the world.」)<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> El texto inglés de este poema *To the Jesuits (Spain 1936)* lo hemos tomado del ya

citado John Sullivan, *Chesterton continued: A bibliographical supplement* (1968) pp. 112-113.